

HISTORIA ECONÓMICA EN AMÉRICA LATINA: GLOBAL, COMPARADA, ESPECÍFICA, COMPROMETIDA

Presentación realizada al VIII CLADHE (Montevideo, 3 de diciembre de 2024)

Luis Bértola

Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales

En primer lugar, quiero agradecer la invitación para dirigirme al congreso hoy. Representa un gran honor para mí. Además, es una enorme alegría constatar que lo que se inició hace 17 años, con el primer congreso aquí en Montevideo, ya tiene un largo recorrido circulando por varios países de la región. Seguramente este proceso seguirá y se profundizará.

Quisiera hacer un reconocimiento a quienes, desinteresadamente, lanzaron la iniciativa y dieron los primeros apoyos a la realización del primer congreso en Montevideo en 2007: los hermanos argentinos, representados por Susana Bandieri y Andrés Regalsky, cuando estábamos en un Congreso de la Asociación Argentina en Mar del Plata, en 2006. Quiero también, en este momento, recordar a tres queridos colegas, que hicieron una muy importante contribución académica e institucional al desarrollo de la Historia Económica en América Latina: Tamas Szmrecsányi, Jorge Gelman y el recientemente fallecido Roberto Cortés Conde.

Mi presentación de hoy tendrá diversos objetivos: abusaré del privilegio de poder dirigir estas palabras para transmitir mensajes diversos. Cuando en una oportunidad, en una mesa central de un congreso brasileño de Historia Económica, creo que en Aracayú, hice una intervención similar, el querido Jorge Gelman, con quien compartimos esa mesa, me hizo un comentario que quise creer era elogioso: me dijo que mi intervención había sido polisémica. Eso mismo es lo que quiero hacer hoy, en el entendido de que mis palabras van a ser académicas, pero también van a ser políticas, ideológicas, no en un sentido partidario y estrecho, sino en un sentido más profundo y sustantivo, que se anuda con la construcción de identidad y con la construcción cultural.

Quiero transmitir tres ideas:

- a. Una caracterización muy general de la Historia Económica que queremos, o que yo quisiera, para lo cual no consigo dar con una denominación clara. En este caso, voy a explicitar los conceptos del título: global, comparada, específica, pero también los de economía política, carácter evolutivo y carácter sistémico.
- b. La importancia y los aportes de la historiografía económica latinoamericana, no en contraposición, sino en interacción con la historiografía económica global y las fuentes teóricas y metodológicas en las que abrea. No para decir que es peor o mejor, sino para defender los aportes que se han hecho desde este lugar. Y lo voy a hacer como una especie de homenaje a dos historiadores económicos: Héctor Pérez-Brignoli y Ciro Flamarión Santana Cardoso, ya fallecido.
- c. La importancia de que la Historia Económica, como campo de investigación, sea comprometida, porque la investigación sobre la historia económica debe ser parte de un proceso de construcción cultural.

1. Visión de la Historia Económica

El concepto de economía política es muy válido, entendido en su forma clásica, ya que alude a que los procesos económicos constituyen procesos dinámicos, en los que se combinan los momentos productivos, comerciales, distributivos y de acumulación, mediados por intereses de clases sociales y en los que política, cultura e instituciones juegan un rol destacado. El concepto puede quedar un tanto corto, si se

lo vuelca hacia miradas que enfatizan el componente hipotético deductivo y terminan por quitarle profundidad histórica y capacidad de análisis del cambio. Por ello, puede que no sea redundante agregarle el adjetivo «histórica», aunque esencialmente lo sea.

La historia económica podría ser definida como neoestructuralista, en dirección a lo que se ha llamado el método histórico-estructural. El enfoque es plenamente rescatable, ya que alude a la necesidad de analizar las particularidades de las articulaciones entre actores sociales y factores productivos en distintas regiones y a nivel global, de manera contemporánea o en distintos momentos históricos. Como el propio nombre lo denota, la limitación que puede surgir del enfoque neoestructuralista es el de poner excesivo énfasis en la determinación de las estructuras económicas, tecnológicas y aun culturales, dejando escaso espacio para la agencia. Eventualmente, ese enfoque puede también anudarse con un excesivo determinismo histórico. Por ello no me siento del todo representado por la mera definición de neo-estructuralista o estructuralista a secas.

No me molestaría definir el enfoque como materialismo histórico. Así como el método histórico-estructural no es patrimonio de la cultura latinoamericana, sino que está presente en muy diversas corrientes del pensamiento, muchos enfoques de diverso origen doctrinario comparten los principios básicos del materialismo histórico. El gran problema que tiene es su asociación con doctrinas y experiencias políticas autodenominadas marxistas con las que no me siento en nada identificado y que le han quitado legitimidad al concepto. Me animo a decir, de todas formas, que las más importantes e influyentes interpretaciones de la historia económica latinoamericana, provengan de donde provengan, tienen muy importantes componentes que pueden ser llamados materialistas históricos. Entre ellos, algunos de los enfoques neoinstitucionalistas.

A propósito de estos enfoques, creo que es hora de abandonar la idea de que las instituciones, como reglas del juego, sean la determinante última o fundamental del desarrollo histórico. El propio North sostenía que lo decisivo era la matriz organizativo-institucional, aludiendo con lo organizativo a los actores, individuales y colectivos. Esa idea, de hecho, fue cediendo paso al estudio de las instituciones y, más estrechamente, al estudio de las instituciones formales y aun de manera más estrecha a las instituciones domésticas, a nivel nacional. Sin embargo, después de todo, antes de existir instituciones formales existen las informales y las instituciones informales dependen de los actores y sus capacidades y también de sus miradas y percepción de intereses. Entonces, decir que lo determinante son las reglas del juego y luego tener muy diversas teorías sobre de dónde surgen, no parece un programa de investigación sensato y fructífero. Por el contrario, resulta más adecuado el estudio de cómo funcionan y se transforman las relaciones sociales a partir de las condiciones materiales para la producción, las particulares conformaciones de los actores, las relaciones de fuerza entre ellos, la formalización de esas relaciones y las percepciones que los distintos actores sociales tienen de esa realidad. Obviamente, los resultados en términos de desempeño económico y calidad de vida son del mayor interés para la ciencia, siempre que se entiendan los aspectos contextuales.

La historia económica debería ser global: no porque todas las regiones del mundo tengan el mismo peso y merezcan ser tratadas con ecuanimidad, sino porque es indudable que, al menos desde la conquista, la historia de lo que pasó a ser América Latina es parte indisoluble de una historia global. América Latina forma parte de un sistema mundo, al margen del cual su desarrollo es incomprensible.

Y también es importante que sea comparada, porque en las comparaciones aparecen más claramente los elementos comunes y universales, pero también se destacan las particularidades de los procesos. Por ello mismo, también debe ser específica, porque la diversidad histórica es enorme y porque es fundamental comprender las dinámicas particulares de los distintos procesos, ya sea por las propias cualidades como por las maneras variadas en que las sociedades se insertan en la economía global.

También quisiera llamar «evolutiva» a la historia económica. No por negar que la persistencia exista y por negar que hechos del pasado puedan tener un impacto de largo plazo. ¿A quién se le puede ocurrir pensar que la conquista no tuvo un impacto de largo plazo en las sociedades ahora latinoamericanas? El tema es comprender los procesos históricos de continuidad y cambio, el cómo se van gestando nuevas realidades nacionales y regionales en contextos de muy fuertes cambios globales que incluyen, determinan y transforman a todas las realidades y son resultado de esas transformaciones nacionales.

Este cóctel de enfoques complementarios solamente puede dar resultados valiosos mediante una labor colectiva, mediante el fuerte intercambio académico a través del cual se produzcan más y mejores historias económicas nacionales, regionales, locales, pero también construcciones y síntesis generales. No importa cuán específica o global sea la problemática que se estudie, lo que importa es mantener presente la visión del conjunto.

2. Una valoración de la producción latinoamericana

Cuando uno mira el programa de este congreso y sus 43 sesiones, cuando mira la historia de los CLADHE y revisa las publicaciones de las últimas décadas, parece innecesario realizar una defensa de lo que se ha hecho en América Latina sobre su historia económica. Pero permítanme destacar este tema como una especie de homenaje a la obra de Cardoso y Pérez Brignoli, ya que creo que en el plano de nuestra historia colonial no se ha vuelto a escribir una obra de síntesis como la de ellos.

Sin que sea un período de mi especialidad, me animo a sostener que se ha avanzado muchísimo en el conocimiento de la historia económica colonial y precolonial, pero creo que está faltando una síntesis de esos logros, enmarcada en una interpretación general.

Creo que las principales conclusiones y caracterizaciones de Cardoso y Pérez Brignoli siguen siendo adecuadas y que buena parte de la investigación reciente la reafirma. Sin embargo, esas ideas no han sido retomadas por las interpretaciones del desarrollo latinoamericano que más repercusión han tenido internacionalmente. Quiero destacar, a mi manera y con base en investigaciones y reflexiones más recientes, algunas de las principales ideas que tienen vigencia y que muestran diferencias importantes con otras interpretaciones. Lo haré de manera directa, dadas las limitaciones de tiempo, y no podré explicar la importancia de cada aseveración. Este público entendido sabrá interpretarlas.

Las relaciones sociales y de poder coloniales incorporaron características importantes de las sociedades indoamericanas. Estas habían alcanzado importantes niveles de desarrollo, división del trabajo y estratificación social. También mostraron variaciones en las formas de organización social en diferentes territorios y habían experimentado invasiones y dominación de otros grupos étnicos antes de la llegada de los españoles. Esta idea es importante en dos sentidos. Por un lado, porque no admite miradas románticas acerca de las características de las sociedades indoamericanas, como si la conquista hubiese interrumpido un desarrollo social igualitario, de fuerte dinámica tecnológica y de armonía con el medio ambiente, al que ya habían transformado de manera importante.

Por otra parte, es importante aquella anotación, ya que las sociedades coloniales fueron el resultado de la fusión de las sociedades indoamericanas y las metrópolis europeas, creando un mapa complejo de estructuras sociales, que se complejizaron aún más con el tráfico de esclavos. No se trató meramente de elegir por parte de los conquistadores el tipo de instituciones que más les servían dada la dotación de recursos existentes o del mero trasplante de estructuras de las metrópolis a las colonias. Si bien las condiciones geográficas y ambientales jugaron un papel importante, investigaciones recientes muestran que el medio ambiente no explica el tipo de organización social que apareció, sino que los aspectos de economía política fueron decisivos para comprender las características de los sistemas sociales en diferentes regiones. Además, el poder de los conquistadores y su relación con la metrópoli varió significativamente de un lugar a otro, como también fueron diversos los vínculos comerciales entre la metrópoli, las regiones coloniales centrales y las diferentes regiones del mundo colonial. Entonces, no hay un determinismo de la dotación de recursos. Lo que los conquistadores encontraron no fueron *endowments* (ya sean recursos naturales o población), sino sociedades, formas específicas de articulación entre relaciones sociales y el entorno.

Cierto es que las características del poder colonial no fueron totalmente determinantes, pero sí tuvieron un impacto en el desarrollo de largo plazo, como lo representa la tendencia divergente que mostró la propia economía española en relación con las principales economías occidentales emergentes. No podemos desligar el derrotero de la América Latina de ciertas características de los poderes coloniales, aunque su forma específica dependa de los factores ya anotados.

El desarrollo de América Latina no puede ser visto como el mero despliegue en base a las determinantes puramente endógenas puestas en marcha a partir de la conquista y la construcción del orden colonial. Nada puede entenderse sin considerar los cambios radicales que tuvieron lugar en la economía internacional. Europa experimentó cambios profundos y desiguales antes y durante los cien años de la Revolución Industrial. El equilibrio de poder en Europa cambió dramáticamente, al igual que su relación con la periferia y el mundo colonial. El desarrollo colonial latinoamericano no puede entenderse si no es como una interacción dinámica entre fuerzas internas y externas, es decir, de manera evolutiva, y como un proceso global. Como me señaló Carlos Contreras: ¿qué es interno y qué es externo en el mundo colonial? Entonces, la dependencia de las potencias extranjeras o las formas particulares de inserción en la sociedad global fueron un componente central y cambiante del sistema colonial.

El desarrollo latinoamericano no puede verse como un proceso capitalista desde su inicio y como parte de un sistema único al que todo se subordina. Se puede abordar mejor como una tendencia hacia la prevalencia del trabajo asalariado, pero que mantuvo lógicas específicas y variadas en diferentes regiones, en las que existieron diversos grados de autonomía. No se trató de una tendencia lineal, ni continua, ni ubicua, sino que avanzó a un ritmo muy lento, particularmente en las regiones centrales de la economía colonial. Y la lentitud de este cambio tuvo mucho que ver con la tendencia divergente observada en el ingreso per cápita, no sólo en Latinoamérica, sino también en particular en España. Ni siquiera las luchas de la Independencia aceleraron este proceso: las reformas liberales, los mercados laborales libres y de otros factores no se desplegaron plenamente sino hasta bien avanzado el siglo XIX.

El capitalismo avanzó lentamente en América Latina, y lo hizo como variedades de capitalismo periférico. Este adjetivo no solamente implica una posición internacional subordinada, sino también la persistencia de formas de coerción y discriminación en las relaciones laborales, con recreados patrones de alta desigualdad y baja formación de capital humano.

Contrariamente a lo que algunos colegas han propuesto, la América Latina colonial era una sociedad con una alta desigualdad profundamente arraigada. Si bien el control de la tierra por parte de las comunidades indígenas les permitió imponer límites al poder de los colonizadores y de la élite, una amplia gama de arreglos institucionales basados en determinantes étnicos inclinó el equilibrio de poder a favor de las élites, independientemente de cuán alto pudiera ser el coeficiente de Gini.

La creciente desigualdad fue, probablemente, una condición previa para el crecimiento de las antiguas colonias españolas y de Brasil a fines del siglo XIX, como lo señala Coatsworth, pero fue la condición previa para un patrón particular de desarrollo capitalista, que combinó formas persistentes y nuevas de desigualdad, con dependencia externa y un patrón estrecho de especialización productiva con baja dinámica de cambio técnico y baja introducción de capital humano.

Las formas de la desigualdad se recrearon en diferentes entornos nacionales e internacionales. Identificar las nuevas características de la desigualdad latinoamericana a fines del siglo XIX y durante el siglo XX no significa necesariamente que la desigualdad colonial iberoamericana haya sido un mito. Fue una dinámica estructural de crecimiento lento y alta desigualdad.

En síntesis: creo que estas ideas son centrales para construir una Historia Económica de la América Latina colonial, que debería ser reescrita incorporando los copiosos aportes de la investigación reciente.

3. Por qué una Historia Económica comprometida

Cualquier proceso de desarrollo se apoya en un conjunto de visiones, de miradas, de teorías, que se arraigan en su historia. La comunidad latinoamericana de la Historia Económica puede hacer una contribución importante a la construcción de esas miradas.

No pregono una Historia Económica pragmática, en el sentido de usarla de manera caprichosa para justificar posturas políticas e ideológicas a priori y defender estrategias que se basan en otras motivaciones. No se trata de una Historia Económica de partido político, ni de movimiento político.

Se trata de una Historia Económica que ilumine, aporte conocimiento y mirada crítica a la formulación de futuros que siempre están abiertos, que no están predeterminados. Y que contribuya a identificar las historias y desafíos comunes de la región.

Esto es de particular relieve en una coyuntura global que nos enfrenta a una bastante clara e impredecible lucha hegemónica y a una fuerte conformación de grandes bloques, proceso en el que América Latina muestra un enorme retraso, dada su muy escasa integración económica y social.

También porque se da una situación paradójica que tiene dos aspectos. América Latina no ha logrado replicar los avances en materia de desarrollo de los países más avanzados y tampoco repetir experiencias exitosas de países emergentes. En ese sentido, América Latina vive un presente que para otros es historia. Por ello nuestra historia está tan presente en la actualidad y el pasado se anuda con el presente; la Historia Económica no puede limitarse al totalmente legítimo y curioso interés por la historia. Por otra parte, la economía global está enfrentada a la necesidad de un cambio radical en el que los patrones de desarrollo previos se han vuelto obsoletos e insostenibles, por lo que no hay espejo en el que mirarse, no hay modelo hacia el cual converger, si alguna vez lo hubo.

En síntesis, pienso que los historiadores económicos tenemos una importante labor que cumplir, aportando una mirada histórica, y contribuyendo a la construcción de una identidad latinoamericana que veo como indispensable para cualquier proyecto y construcción de futuro.

Sin embargo, fortalecer una mirada latinoamericana no quiere decir cerrarse al mundo, ni abandonar la historia global, ni abandonar la historia comparada. La identidad latinoamericana es una plataforma de integración global y tiene sentido como una forma de inserción y protagonismo en la historia global. Al revisar estas palabras para esta publicación, me siento en la necesidad de enfatizar, que esta construcción de identidad en ningún caso supone una actitud xenofóbica. Nuestros colegas de todas partes del mundo, y muy en especial nuestros colegas españoles, son parte del proceso de construcción de esta identidad. Ellos siempre nos acompañan en buen número, abren sus posgrados, sus revistas y sus redes a la Historia Económica de América Latina, a los investigadores latinoamericanos, nos aportan miradas enriquecedoras, nos ayudan a ser más globales, profesionales y rigurosos. Entonces, que nadie entienda que esta construcción de una Historia Económica comprometida es un enfoque de estrecho nacionalismo. Nuestros colegas son parte de esa construcción.

Actualmente, la Asociación Uruguaya de Historia Económica y los equipos de investigación en Historia Económica de la Universidad de la República, con el apoyo de las asociaciones de historia económica de América Latina y España, estamos postulando para organizar en Montevideo, en el 2028, el XXI Congreso Mundial de Historia Económica. Tenemos expectativas de que nuestra postulación sea aceptada. Pienso que será una excelente oportunidad para que quienes trabajamos en historia económica de América Latina mostremos a la comunidad internacional la calidad de nuestros aportes, para profundizar los estudios comparativos entre América Latina y otras regiones del mundo y para que América Latina amplíe su capacidad de aportar la dimensión latinoamericana a la construcción de una historia económica global.

Tendremos el CLADHE IX antes del congreso mundial y allí podremos, nuevamente, tensar nuestras fuerzas con pre-conferencias del congreso mundial. Nos veremos en el CLADHE IX, pero espero que nos podamos reencontrar aquí, en Montevideo, en el 2028.

Permítanme concluir con un abrazo a todos Uds.